**La Fundación de la Congregación**

**de los Misioneros de la Sagrada Familia**

Queridos cohermanos:

En este momento en que celebramos el 125º aniversario de la Fundación de nuestra Congregación MSF, quiero compartir con vosotros los elementos esenciales de la Fundación. Será un poco largo, pero aprovecho la ocasión para haceros conocer, sobre todo a nuestros jóvenes en formación, estos elementos esenciales para poderlos adaptar en el futuro conforme a las circunstancias en las que desarrollamos nuestro trabajo.

Con la fundación de su obra, el P. Berthier intentaba responder a una verdadera necesidad de su tiempo: “*Mi experiencia, después de 30 años de actividad misionera, me ha permitido encontrar en las familias cristianas, jóvenes entre los 14 y los 30 años, inteligentes y religiosos, deseosos de consagrarse a las misiones, pero para los que no existía ningún instituto que pudiera prepararlos , porque las escuelas apostólicas existentes no admitían candidatos que tuvieran más de 14 años, a menos que hubieran hecho algunos estudios*” (Documento presentado a la Congregación de Propaganda con fecha de 26.03.1896)

Esos 30 años de actividad misionera de los que hablaba Berthier, comienzan con su actividad en La Salette. Así que, podemos concluir, que ya había pensado mucho antes en la fundación. Pero esperaba una señal de la Providencia antes de lanzarse a tal empresa.

Esta señal llegó de la mano del Cardenal Langenieux, arzobispo de Reims, que lo invitó en 1894 a dar ejercicios espirituales a sus sacerdotes. El P. Berthier tuvo la oportunidad de hablar de su proyecto con el Cardenal. Éste lo animó y le prometió hablar de su proyecto al Papa León XIII, lo que no tardó en hacer. En efecto, algunos meses más tarde, el P. Berthier escribía al Cardenal: “*he recibido su carta, enviada de París, que me ha consolado sobremanera...”. “El Superior General ha comprendido que el Papa me ha autorizado a emprender esta obra... y me ha permitido dedicarme a buscar candidatos; y lo pienso hacer. Pero no puedo precisar nada por el momento al respecto sin explicitar en qué consiste esta obra y a qué se compromete uno al entrar en ella”* (Carta del 4.12.1894)

Un año después, el Cardenal precisa en un documento oficial la finalidad de la obra, en los siguientes términos:

*“El P. Berthier ha presentado al Papa por escrito la utilidad de su Instituto, que tiene como finalidad reunir a jóvenes de diversas naciones que no han podido realizar estudios para ser misioneros, pero que mantienen aún el deseo: se trata, pues, de prepararlos para la vida apostólica, primero por medio de estudios adaptados a su edad, a continuación un noviciado regular, después la emisión de votos temporales y finalmente los estudios clásicos de filosofía y teología. El Instituto tendría su independencia propia, como conviene a una finalidad de tal importancia. Sus miembros se consagrarían antes a fundar casas en diversas regiones y naciones en las que se reciba a jóvenes de cierta edad, pero que se sientan llamados a una vida apostólica. Posteriormente, una vez que el número sea suficiente, serán presentados a Propaganda Fide para ser enviados a las misiones”*  (Documento del 25.12.1895).

Tenemos aquí todos los elementos respecto a la finalidad de la obra del P. Berthier, esto es, la Fundación de un Instituto religioso independiente con el fin de acoger a jóvenes de distintas nacionalidades, que tengan una cierta edad, y de humilde condición, para formarlos en las diversas casas del Instituto con vistas a las misiones.

Una carta que el P. Berthier escribe por entonces al Sr. Bidaut, un benefactor, respecto a la admisión de un joven, es muy clara en cuanto al fin de su obra. El joven quería ir a Bulgaria como misionero. Le pide al Sr. Bidaut que visite a ese joven y le pregunte “*dónde ha hecho sus estudios, si conoce el latín, si quiere ser religioso, si quiere dedicarse a la formación de jóvenes de vocación tardía, pues ese es el fin de mi obra, lo que no le permitiría durante bastante tiempo ir a Bulgaria. Dígale que no acepto a nadie que no quiera consagrarse al desarrollo de esta obra*.” (Archivo Berthier: carta del 1896).

La primera preocupación del P. Berthier era la de responder al deseo de los jóvenes, y acogerles en una casa de formación adaptada a su edad. Sólo después de haber alcanzado esta primera finalidad, se podrían dedicar a las misiones extranjeras. Pero por mucho tiempo se debían concentrar en la acogida y la formación de estos jóvenes. Así, los obispos de Canadá, de Suiza y de Polonia han recibido de parte de Berthier el aviso de que no podría antes de 1909 abrir en sus diócesis casas de formación para las vocaciones tardías.

Un obstáculo al que se enfrentó la obra al inicio, provino de la Congregación de Propaganda cuando Berthier, por medio del obispo de Bois-le-Duc, solicitó al Cardenal Prefecto Ledochowski, el permiso de conservar el Santísimo Sacramento en la capilla del cuartel de Grave. El Cardenal, que sin duda no estaba al corriente de esta nueva fundación, respondía sin florituras “*que no entendía el sentido de esta obra: pues, si se trata, como parece, de un colegio de sacerdotes ancianos y ya sin fuerzas que querrían ir a las misiones extranjeras, se trata de una obra sin sentido ni utilidad*”. (Carta del 28 febrero 1896, archivo P. Berthier). Y el Cardenal pide al Obispo que oriente el celo de este sacerdote a cualquier cosa más útil, y de disuadirlo de abandonar completamente eso que ha iniciado. Como respuesta, por intermedio del Obispo de Bois le Duc, Berthier manda a Propaganda un informe detallado sobre la finalidad de su obra.

El Cardenal Ledochowski responde al Obispo que él puede erigir este colegio al servicio de su Diócesis y le da permiso para conservar el Santísimo. Por lo que respecta a Propaganda no concede privilegios puesto que no reconoce esta Obra. (el informe es del 5 marzo 1896 y la respuesta del Cardenal del 13 marzo 1896).

“*Todo esto me entristece*” (carta del 17 marzo 1896), escribe P. Berthier al Obispo y le pide al Card. Langénieux, que había presentado al Papa la finalidad de la obra y había recibido de él estímulos para proseguirla, qué es lo que debía hacer. El Cardenal le animó a continuar y achacó todo a la falta de información. En Roma, los documentos no habían sido enviados de la Secretaría de Estado a la Congregación de Propaganda.

El P. Berthier sigue el consejo del Cardenal Langénieux y escribe una carta al Secretario de Propaganda: en ella describe todos los pasos, en particular ante el Papa León XIII; expone de nuevo los diversos elementos del fin de la Obra que se habían presentado al Papa, que la había aprobado y por los que había recibido claramente mucho ánimo (Carta del 26.02.1896). Tras estas clarificaciones, Propaganda autorizaba al Fundador a continuar con su obra.

Sin embargo, el tema de la finalidad de la Obra torna de nuevo cuando en 1903 el P. Berthier solicita a Propaganda el “DECRETUM LAUDIS”. La Congregación pide, en primer lugar, una revisión de las Constituciones según las normas del Derecho Canónico. El Cardenal Gotti, nuevo prefecto de Propaganda, pide al Fundador que describa de nuevo el fin de su Obra y decir entre otras cosas: *“vista la edad de los candidatos, ¿es oportuno hacerles profesar los votos religiosos? No sería mejor, desde un punto de vista psicológico, hacerles realizar una simple promesa como en el caso de “las Misiones extranjeras de París*”?

Y añade el Cardenal: *“tales candidatos ¿están todavía en condiciones de realizar los estudios necesarios en vista al sacerdocio*?” Son estos los motivos que provocan dificultades a la Congregación de Propaganda y por ello pide aclaraciones. (Documento del 6.6.1903).

A estos puntos controvertidos, el P. Berthier responde lo que sigue: *“Todos desean la vida religiosa y tienen un solo deseo:* ***consagrar su vida al Señor*** *para entregarse al apostolado con más seguridad y eficacia: sería contrario a sus expectativas deber renunciar a la vida religiosa a la que aspiran... están todos en la flor de la vida, la mayor parte conocen diversas lenguas, lo que no puede ser sino una ventaja para los misioneros...”* (Documento del 6.6.1903).

Después de esto, el P. Berthier recibía de Propaganda un estímulo equivalente al “DECRETUM LAUDIS”, al decir del P. Perrin, entonces Superior General de los Misioneros de Nuestra Señora de la Salette.

Se puede afirmar que el pensamiento del Fundador respecto a la finalidad de su Obra no cambia del inicio al fin. El primer fin (el objetivo) era multiplicar las vocaciones tardías y formarlas... Poco antes de su muerte, el P. Fundador escribía al Obispo de Bois le Duc que le pedía un resumen del estado de su obra para enviar a Propaganda Fide: *“22 candidatos han sido ordenados sacerdotes, que apenas son suficientes para las dos escuelas apostólicas que tenemos. Como tenemos la intención de fundar otras escuelas de este género para las vocaciones tardías, que, a Dios gracias, todavía son numerosas, tendremos necesidad de otros sacerdotes para realizar el plan de la obra que el Soberano Pontífice ha bendecido...; encontrar estas vocaciones para aumentar el número de misioneros es el fin principal de la obra; y la experiencia demuestra cada vez más que es un fin verdaderamente útil”* (Carta del mes de julio de 1908).

Tras este resumen histórico referente a la formulación del fin del Instituto, se puede decir que no se cambió nada desde la redacción de las Constituciones de 1895. El nº 16 dice: “*Este Instituto tiene como fin especial formar misioneros, y de multiplicar su número mediante el apostolado de las vocaciones, especialmente tardías. Esta es la razón de su existencia y es igualmente el medio más eficaz para trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas”.*

El nº 18 dice claramente que *los misioneros pueden hacer misiones en países católicos y también administrar parroquias, a condición de no olvidar el fin principal de la obra, a saber, la promoción de las vocaciones apostólicas*.

Se puede decir entoncesque el fin del Instituto consiste en 3 elementos:

* La vida religiosa
* La promoción de las vocaciones tardías y/o aquellas que provengan de condiciones pobres,
* Las misiones

Estos tres elememntos tienen igual importancia: quitar uno significa cambiar la esencia misma del Instituto tal como lo ha querido el P. Fundador.

No se debe olvidar que en la época del Fundador existían instituciones que admitían vocaciones tardías y de condición pobre; así que había otros que preparaban también misioneros. En su libro “Le Prêtre” (pag. 225, 4ª edic.) el Padre Berthier da también la dirección de tales casas. Si, a pesar de esto, el P. Berthier ha querido una obra específica, cuyo proyecto fue sometido al Card. Langenieux y ha recibido el estímulo de León XIII, y porque a los ojos del P. Berthier estas instituciones no podían recibir todas estas vocaciones y de responder a los deseos de los candidatos; o estas casas no preparaban para las misiones, o se dirigían solamente a Francia, o –y éste es el punto más significativo- no integraban la vida religiosa... fue por lo que para Berthier estaba claro que su obra debía incluir al mismo tiempo “religiosos” y “misioneros”

La temprana y rápida muerte del P. Fundador dejó su obra en fase de crecimiento y de construcción. El P. Berthier no llegó a ver la partida de los primeros misioneros ni su implantación en otros países, según lo que él había previsto para 1909.

Sus discípulos hubieron de adaptarse a las nuevas situaciones: otros Institutos admitían vocaciones tardías y pobres para encaminarles a la vida religiosa y misionera.

El proyecto de Berthier había vencido prejuicios contra tales vocaciones. A propósito del folleto “La Obra de las vocaciones tardías” escribe a una benefactora: “*es una cosa breve, en la cual no podré decir todo, pero espero decir lo suficiente a fin de que los lectores se reconcilien con esta idea de las vocaciones tardías*...” Se puede decir que este objetivo fue alcanzado.

Hoy, en los países de antigua cristiandad, la situación es totalmente otra: no hay ya *vocaciones pobres* que nos interpelen, sino la *pobreza de vocaciones.* Vivimos en una sociedad secularizada, en la que no sólo hay una gran ignorancia religiosa sino también una verdadera ignorancia respecto a la fe cristiana. Es una sociedad en la que el consumo de bienes de todo género ocupa el primer plano. El espíritu de solidaridad y de responsabilidad hacia los demás ha disminuido mucho, y respecto a las Instituciones reina sobre todo la desconfianza.

**En esta situación, ¿qué nos puede decir el**  ***P. Berthier?***

Partiendo de estos tres elementos que caracterizan el fin de la fundación del P. Berthier, quisiera proponer algunas sugerencias. En primer lugar, me parece lo más importante reflexionar sobre la palabra “carisma”; porque al inicio de la fundación hay un carisma cuya responsabilidad no sólo incumbe al Fundador sino también a todos nosotros, sus discípulos, y como dice el P. Berthier *“a todos aquellos a quienes el Espíritu Santo conducirá a esta obra”*, porque verdaderamente es el Espíritu quien conduce a cada uno en particular hacia esta congregación.

Cada miembro tiene su carisma propio, diferente al del Fundador. Pero todos los carismas se encuentran en el mismo fin de proseguir, en el que todos los miembros del Instituto se esfuerzan en entrar en la visión del Fundador y de dar forma a sus propios proyectos.

El carisma no es un talento sin vida, que uno esconde en la tierra para conservarlo. Las directivas para la relación Obispos y religiosos dicen en el nº 11 de “Mutuae Relationes” (15.5.1987): *“el carisma del Fundador parece ser una cierta experiencia del Espíritu que es transmitido a los discípulos, a fin de que vivan, lo custodien, lo profundicen y desarrollen en la misma medida en la que crece el Cuerpo de Cristo crece constantemente también él.*

El carisma debe desarrollarse como una planta que sale de la semilla, brota y llega a ser algo totalmente nuevo. Cada uno de nosotros es responsable del don del Espíritu ante la Iglesia y ante aquellos que vengan después de nosotros, porque estos tienen el derecho de conocer las particularidades del Instituto.

Un verdadero carisma es profético, no en el sentido que el Fundador habría predecido el futuro, sino en el que ha reconocido, a la luz de la fe, la llamada del Señor que a él le ha llegado por medio de “los signos de los tiempos” y también por las necesidades de su momento histórico. Ha reconocido al mismo tiempo que aquel carisma debe permanecer después de su muerte, por medio de sus discípulos.

Nosotros conocemos el carisma de nuestro Fundador a través de sus cartas, sus escritos, las Constituciones y los documentos oficiales que presentan la finalidad de su obra y que han sido decisivos para la aprobación de su fundación.

Conocemos también nuestro carisma a través de la espiritualidad del Fundador, que él ha tomado de los mejores autores de su tiempo, y lo dice él mismo, por ejemplo de aquellos que se llaman “la escuela francesa”(Bérulle, Olier, S. Juan Eudes) con su devoción especial a la Eucaristía, al Sagrado Corazón de Jesús; de san Vicente de Paúl, de san Alfonso de Ligorio, de santa Teresa de Avila... Su piedad mariana ha sido influida por su maestro de novicios, el P. Giraud. La devoción a la Sagrada Familia se desarrolló en el curso del pasado siglo y se debió mucho a las exhortaciones de León XIII.

Se debe notar también que el P. Berthier ha tomado la espiritualidad de la Sagrada Familia y el mensaje de la Salette en su dimensión misionera: algo que le es propio y personal. Y esto viene unido a la llamada proveniente de las necesidades de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo, el mensaje de la Salette y las intervenciones de León XIII. Otros han tomado por su cuenta de otra manera las llamadas de su tiempo. El P. Berthier ha respondido con su carisma propio: se ha consagrado a los pequeños, a los marginados, para aumentar el número de aquellos a los que pasar el mensaje de Nª Sª de la Salette.

***¿Cómo actualizar los 3 elementos enumerados que caracterizan el carisma de la fundación del P. Berthier?***

1. **La vida religiosa**

La VR es siempre actual. Pero debemos subrayar aquel aspecto que el P. Berthier ha querido para nuestra vida religiosa. No ha querido hacer de sus discípulos unos “monjes”; él escribe a la Congregación de Propaganda: *“Todos desean vivir la vida religiosa y tienden a consagrar su vida al Señor como medio para ejercitar su apostolado con más eficacia y seguridad”*

Nuestra vida religiosa está, pues, en razón del apostolado. La eficacia y la seguridad de las que habla Berthier, él no las entiende como medios humanos; las entiende a la manera de san Pablo que anunciaba la Palabra de Dios con eficacia y seguridad.

En verdad, a través del apóstol Cristo se anuncia a sí mismo. El apóstol es solo un enviado al servicio del único Enviado: el Misionero del Padre.

El P. Berthier lo señala en el nº 13 de sus Constituciones y también en el prefacio de su libro “El culto y la imitación de la Sagrada Familia”. Por su relación con Cristo, él obtiene la fuerza necesaria para su apostolado. En su folleto “de los ejercicios”, escribe: *“la oración es el medio más eficaz para la santificación personal, la obligación más importante del sacerdote, la fuente más eficaz para la conversión de los pecadores y la salvación de las almas”.*

Nuestra vida religiosa debe ser un camino que nos una cada vez más a Cristo y a nuestro modelo misionero, la Sagrada Familia. Como religiosos no debemos buscar lo primero métodos y recetas, sino siempre nuestra conversión personal que debe unirse sin tregua más estrechamente al Evangelio.

1. **Aumentar el número de las vocaciones misioneras**

En tiempos del P. Berthier sólo la “jerarquía” tenía el mandato de anunciar el Evangelio. Había una total separación entre el sacerdote y el laico. Según la eclesiología de entonces, resultaba incomprensible confiar un ministerio a los laicos. En nuestro tiempo, el Papa Juan Pablo II, en la exhortación postsinodal “Christi Fideles Laici”, publicada en la fiesta de la Sagrada Familia (30.12.1988) habla de un auténtico servicio de los laicos: hay ministerios que se derivan de el baautismo y la confirmación (n° 23).

No hay exclusión entre los encargos y los servicios en la Iglesia. Los Laicos no son el puente entre la Iglesia y la sociedad; ellos mismos son la Iglesia. Su “ser en el mundo” es “el ser en el mundo de la Iglesia misma, y la Iglesia en su totalidad debe estar presente en este mundo”

“Poco a poco, -decía el Cardenal A. LORSCHEIDER tras el sínodo sobre la vocación y la misión de los laicos-, “hemos sobrepasado el concepto de un laicado destinado especialmente a aquello que es del mundo; se ha entendido mejor que esto corresponde a toda la Iglesia, porque la Iglesia en su totalidad es enviada al mundo y en este mundo, si bien los laicos están llamados a vivirlo de manera específica”

El fin esencial de la formación de los laicos consiste en ayudarles también a descubrir su vocación y misión personal, y ayudarles a realizarlo en su vida de cada día.

En nuestros días, el P. Berthier no dudaría en tomar la pluma para ayudar a los laicos a tomar conciencia de su responsabilidad y formarles en este sentido, como ya hizo con los laicos en su tiempo.

**La Misión**

“Christi Fideles” pone el acento en la estrecha unión entre “misión” y “comunión”. Nos dice: “comunión y misión... se conectan y condicionan mutuamente; la comunión es al mismo tiempo fuente y fruto de la misión; y la comunión es misionera y el envío (la misión) está hecho para la comunión”(nº13). En la palabra “comunión” se entiende el misterio de la Iglesia en la medida en que los miembros están ligados a Cristo y entre ellos como los sarmientos a la vid.

En mi opinión, esta perspectiva corresponde del todo a la espiritualidad misionera de la Sagrada Familia, como lo había entendido el P. Berthier. Escribe en “El culto”: “La Sagrada Familia es fuente y modelo de todo apostolado”.

En la Sagrada Familia, la comunión se realiza a la perfección. Su espíritu anima a la Iglesia que tiende cada vez más a esta “comunión”. No estaría de más profundizar este aspecto de la Sagrada Familia, que corresponde a lo que es nuestro carisma, y eso especialmente en nuestras casas de formación y donde se dan retiros o ejercicios espirituales.

En esta perspectiva se debe considerar la “nueva evangelilzación”. “Christi Fideles” dice que esta nueva evangelización viene interpelada por el indiferentismo, el secularismo y el ateísmo que reinan en nuestra sociedad, sobre todo en la sociedad del “primer mundo”. Y allí donde la religiosidad popular todavía existe, se da la amenaza de pérdida de nivel moral y espiritual frente a la secularización y el crecimiento de las sectas. Por eso, es absolutamente necesario renovar en todas partes la esencia cristiana de nuestra sociedad. Pero esto supone, ante todo, la renovación de la esencia cristiana de las comunidades que viven en estos países, en estas naciones”. (n° 34).

Como vemos, la nueva evangelización está fundada sobre la pastoral de las familias y de las comunidades cristianas. ¡No se puede dejar de subrayar esto! Sin embargo, junto a esta nueva evangelización, la misión de la Iglesia no ha cambiado: anunciar el Evangelio a todos aquellos que aún no conocen a Cristo.

Esta misión debe ser entendida y realizada en el espíritu de una mayor solidaridad con todos los miembros de la Iglesia. “En nuestros días, la Iglesia –en el terreno de la Evangelización- debe dar un gran paso adelante y comenzar una nueva etapa histórica en su dinamismo misionero... Aquellas que llamamos “Iglesias Jóvenes” tienen necesidad de las fuerzas de las “Iglesias más antiguas”; éstas tienen necesidad del testimonio y del impulso de las más jóvenes, de manera que unas y otras se enriquezcan mutuamente”. (n°35)

Podemos constatar que nuestra vida personal y comunitaria se unifica en este vínculo inseparable que constituyen carisma, espiritualidad y misión. Nuestra relación como MSF al servicio apostólico de la Iglesia es, sin duda, modesto... pero contribuyendo al crecimiento de la Iglesia y el Reino de Dios. Permanezcamos firmes en nuestro objetivo: “Como hijos del Venerable P. Jean Berthier, una sola familia, una sola misión”.

P. Patrice Ralaivao MSF